

la sastrería Amaru

Sol de media mañana

II

La sastrería queda en una esquinita, no muy grande, pero siempre con gente entrando y saliendo.

Ya no es solo venta de ropa usada, ahora aquí se crea ropa hermosa!

Al principio costó hartó.

La gente quería barato nomás, como antes, y no entendía por qué una prenda rehecha valía más.



Mas historias en el Intipunk

Tal vez no estamos cambiando el mundo, pero aquí, en esta esquina, algo ya empezó a moverse.

—Crear no es fácil, pues —decía don Víctor, el sastrer—. Esto lleva tiempo, lleva ojo, lleva paciencia.

A veces faltaba plata, a veces faltaban pedidos. Las máquinas se malograban, la luz se iba, y más de una vez pensamos en cerrar todo.

Pero poco a poco fuimos aprendiendo. No solo a coser mejor, sino a explicar lo que hacíamos, a contar la historia de cada prenda.

Después llegaron los tejedores del campo. Abuelitas con sus aguayos, con su lana, con sus manos que saben desde siempre.

Ellos nos enseñaron a teñir, a bordar, a poner símbolos antiguos en ropa nueva. Cada prenda empezó a hablar distinto.

Ya no era solo ropa usada. Era pollera con historia, chaqueta con tejido, falda con memoria.

Todavía llegan montones de ropa del norte, eso no ha parado. Pero ahora ya no todo se va a la basura. Algunas prendas vuelven a la calle transformadas. La gente pregunta quién las hizo, de dónde viene el tejido, qué significa el dibujo.

mbién dimos trabajo. A jóvenes, a mamás solteras, a gente que sabía coser pero nunca había tenido oportunidad.

—Aquí no solo se gana plata —decía la abuela Sumita—. Aquí se aprende, waway. Aquí no se pierde lo nuestro.

La sastrería no es rica, pero camina. No corre, se cae y se vuelve a levantar. Resiste. Y cuando cerramos en la noche, cansados, miramos las prendas colgadas y sentimos orgullo, aunque sea calladito.

Saturnina de Sopotkachi